



Es hora de pelear la buena batalla. En este Viaje de diez días, usted aprenderá a usar efectivamente cada pieza de la armadura de Dios en su batalla contra el enemigo.

Vida Esperanza y Verdad

INTRODUCCIÓN

CÓMO HACER ESTE VIAJE

Querido lector,

Dios llama a los cristianos a “pelear la buena batalla” (1 Timoteo 6:12). Pero para hacer eso, debemos empezar por aprender cómo pelear. ¿Quién es nuestro enemigo? ¿Cómo podemos ganar? ¿Qué herramientas tenemos?

Cuando Pablo les escribió a los efesios, estaba bajo arresto domiciliario en Roma, físicamente encadenado a un soldado romano. Eso le dio un conocimiento detallado de la armadura romana que, por inspiración de Dios, usó para una de las analogías más famosas de la Biblia.

Pablo describió seis piezas esenciales de la armadura que todo cristiano debe ponerse antes de enfrentar al enemigo. Esta armadura —la armadura de Dios— nos mantiene a salvo en el campo de batalla espiritual y nos permite defendernos del peor enemigo que este mundo haya visto.

Durante este Viaje de diez días, analizaremos más detalladamente cada una de esas piezas, enfocándonos especialmente en la forma en que su equivalente realza su función espiritual. Desde las sandalias hasta el casco, ningún cristiano está preparado para pelear sin antes ponerse toda la armadura de Dios.

Cada día de este Viaje usted encontrará tres cosas:

- La lectura del día.
- Pasajes de la Biblia recomendados ya que están relacionados con el tema del día y lo destacan.
- Material complementario de Vida Esperanza y Verdad que le ayudará a descubrir más acerca del tema del día.

La “buena batalla de la fe” plantea un gran desafío, pero Dios nos provee de una poderosa armadura que garantiza nuestra victoria, si estamos dispuestos a aprender cómo funciona y a usarla.

¡Comencemos!

Cordialmente,

Sus amigos de 

DÍA 1	TODA LA ARMADURA DE DIOS	4
DÍA 2	EL CINTURÓN DE VERDAD	8
DÍA 3	LA CORAZA DE JUSTICIA	12
DÍA 4	LAS SANDALIAS DEL APRESTO	16
DÍA 5	EL ESCUDO DE LA FE	20
DÍA 6	EL YELMO DE LA SALVACIÓN	24
DÍA 7	LA ESPADA DE LA PALABRA	29
DÍA 8	EL MANTO DEL CELO	34
DÍA 9	TÁCTICAS GRUPALES	40
DÍA 10	AVANCE, SOLDADO CRISTIANO	47

DÍA 1

TODA LA ARMADURA DE DIOS

Bienvenido al campo de batalla, soldado.

Tal vez le sorprenda encontrarse aquí. La mayoría de nosotros se sorprende al principio. Siempre es impresionante descubrir que se ha estado librando una batalla justo enfrente de nuestras narices, pero aquí estamos. Y lo que es más importante, aquí está *usted*.

Ésta es una guerra antigua —la más antigua de todas— y no ha dado señales de amainar durante miles de años.

Nos enfrentamos a un enemigo que nos supera en casi todo lo que podemos imaginar. Es más astuto que nosotros, más fuerte, más experimentado y nos ha estudiado exhaustivamente a cada uno.

Lo ha estudiado a *usted*. Conoce sus debilidades y sabe cómo hacer que se derrumbe más rápido que un castillo de naipes.

Nuestro enemigo tiene muchos títulos diferentes: el adversario, el acusador, el padre de mentira, el homicida, el príncipe de la potestad del aire, el león rugiente, el devorador, el dios de este mundo, el dragón, la serpiente antigua.

Probablemente usted lo conoce como Satanás el diablo: el ángel caído y enemigo del pueblo de Dios.

Fue él quien comenzó esta guerra y está determinado a pelearla hasta el fin. No se cansa como nosotros y nunca se rinde; siempre está esperando una mejor oportunidad para atacar. Además, lidera legiones de otros ángeles caídos tan corrompidos como él y su mirada está puesta en nada menos que el trono del cielo.

Todo esto ocurre en un plano espiritual que somos incapaces de ver. Así que nuestro enemigo opera escondido tras una cortina, moviendo hilos, manipulando eventos, persuadiendo, provocando, planeando, ingeniando, colocando toda clase de trampas diseñadas para atrapar y destruir a soldados como nosotros.

Esto es a lo que se enfrenta.

DÍA 1

TODA LA ARMADURA DE DIOS

La buena noticia es que no todo es tan malo como suena. Pero sí es muy serio; y si usted quiere pelear esta batalla, es fundamental que entienda lo que está en juego. No se trata de una batalla perdida, sin embargo. De hecho, si tomamos las decisiones correctas en el camino, es una guerra *imposible de perder*.

Todo lo que dije antes es verdad. Satanás nos supera casi en todo. Él es un espíritu poderoso que hace mucho tiempo existe, mientras que nosotros sólo somos un montón de seres humanos frágiles y limitados a nuestra existencia tridimensional. Si dependiera de nosotros, Satanás nos aplastaría como a hormigas.

Pero no estamos solos.

Y tenemos un arma secreta.

Servimos al Dios que creó esta existencia tridimensional y todo lo demás. Satanás será fuerte, pero Dios es mucho más fuerte que él y no nos puso aquí para que peleáramos únicamente con nuestros propios puños. En cambio, nos da acceso a las herramientas que necesitamos para enfrentar al diablo y no sólo resistirlo, sino poder *derrotar*.

Otro soldado de esta guerra —uno que peleó su batalla hace mucho tiempo— llamó a esas herramientas la “armadura de Dios” (Efesios 6:11). El soldado era el apóstol Pablo, y la palabra griega que usó para “armadura” fue *panoplia* (de *pas*, que significa “todo” y *hoplon*, que significa “armas” o “armadura”). De ahí también proviene la palabra en español “panoplia”, que se refiere a todos los componentes de una armadura, incluyendo las armas.

La armadura de Dios es más que un casco y un escudo. Es el conjunto de todo el equipo ofensivo y defensivo que necesitamos si queremos tener una oportunidad en esta batalla.

Pablo pasó dos años en arresto domiciliario en Roma, físicamente encadenado al soldado que estuviera de turno. Así que cuando se describió a sí mismo como “embajador en cadenas” (Efesios 6:20), no estaba usando lenguaje metafórico. Literalmente escribía mientras estaba encadenado a un soldado que usaba la armadura romana.

Esas cadenas le dieron mucho tiempo para estudiar la panoplia de los romanos de cerca. Y si nosotros estamos dispuestos a hacer lo mismo —tomarnos el tiempo para entender la función de una armadura romana del primer siglo— podremos comprender mejor una de las metáforas más poderosas de la Biblia.

Pablo dedicó mucho tiempo a reflexionar en el concepto de la armadura espiritual. A veces la llamó armas (*hoplon*) de luz (Romanos 13:12); a veces armas (*hoplon*) de justicia (2 Corintios 6:7). Pero

LA ARMADURA DE DIOS

VidaEsperanzayVerdad.org

en cada caso, se trata de una armadura provista divinamente y diseñada para proteger a todos los siervos de Dios que participan en la batalla espiritual.

Ése es usted, soldado. Ése soy yo. Esos somos todos nosotros. Esta armadura está diseñada para salvar su vida, pero para que pueda usarla de una manera efectiva, necesita entender cómo funciona.

Cuando el rey Saúl le ofreció su armadura a David para pelear contra Goliath, David le dijo: “Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué” (1 Samuel 17:39). Usted necesita practicar con esta armadura. Necesita estudiar todos sus componentes hasta que la *panoplia* completa le sea tan familiar como sus propias extremidades. Cada parte tiene una función diferente, por lo que a lo largo de este Viaje exploraremos todos los componentes individuales y cómo actúan en conjunto.

Pero antes de eso, analicemos el panorama completo.

Durante los próximos días hablaremos de cosas más específicas, pero la lección de hoy es: cuando usamos cada parte de la armadura correctamente, Satanás y sus demonios se ponen a la defensiva.

Esto no significa que vayan a rendirse y admitir la derrota. Tampoco significa que no van a darnos unos buenos golpes. Su meta es arruinar el plan de Dios y eso significa tratar de quitarle la salvación a su pueblo. De eso se trata la batalla. Hay una puerta abierta ante usted, una “amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11) y Satanás quiere cerrarla.

Pero no puede hacerlo. No es lo suficientemente fuerte, porque nosotros servimos al Dios “que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (Apocalipsis 3:7-8). Entonces, Satanás y su ejército se conforman con la mejor alternativa: convencerlo de no atravesar la puerta. Cansarlo con dificultades y pruebas constantes. Distraerlo con las cosas y los placeres de esta vida. Animarlo a perseguir sin cansancio un “nuevo” conocimiento e ideas que se oponen sutilmente a las verdades de la Palabra de Dios.

Aquí es donde nuestra arma secreta entra en escena. Para enfrentar a Satanás, necesitamos seguir las instrucciones de Pablo: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:11-13).

Éste también es un aspecto vital de la batalla: estar firmes. Cuando el enemigo nos ataca con todo lo que tiene, nuestro trabajo es *permanecer firmes* —plantarnos con fuerza en la verdad de Dios y gritar: “¡Éste es mi lugar y no voy a moverme!”.

DÍA 1

TODA LA ARMADURA DE DIOS

“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta” (2 Corintios 10:3-6).

Usted tiene acceso a todo lo que necesita para ganar su batalla contra el enemigo.

No lo subestime, Satanás es inteligente y ha estado haciendo esto por mucho, mucho más tiempo que nosotros. Si hay puntos débiles en su armadura, él se dará cuenta y los explotará sin descanso. Pero recuerde que no está solo. Está firme, hombro a hombro con un ejército de soldados fieles que se cuidan unos a otros en el campo de batalla.

También está peleando bajo el estandarte del Dios todopoderoso, creador y sustentador del universo. “¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

No Satanás. No el querubín rebelde que pensó que podía reemplazar a su Creador. No los malvados ángeles caídos que lo siguieron hacia la oscuridad y la rebelión. Pueden ser intimidantes, sin duda, pero están del lado perdedor. Las palabras con las que Eliseo animó a su siervo hace mucho tiempo siguen siendo ciertas hoy: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos” (2 Reyes 6:16).

Usted puede ganar esta batalla. No va más allá de lo que puede soportar. Con la fuerza de Dios y su armadura, estará listo para derribar las fortalezas del enemigo y permanecer firme ante sus ataques.

Mañana comenzaremos a estudiar la armadura en detalle. Hasta entonces, ¡firme, soldado!

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Efesios 6:10-20
- ☐ 2 Reyes 6:8-18
- ☐ 2 Corintios 10:1-6

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ La caída de Satanás 
- ☐ Tomad toda la armadura de Dios 

LA ARMADURA DE DIOS

VidaEsperanzayVerdad.org

DÍA 2

EL CINTURÓN DE VERDAD

Jesús estaba siendo enjuiciado por el hombre que ordenaría su muerte.

Como pretor, Pilato era responsable de decidir si el supuesto “rey de los judíos” merecía la sentencia de muerte que sus compatriotas pedían a gritos.

Así que le preguntó: “¿Luego, eres tú rey?” (Juan 18:37).

“Tú dices que yo soy rey”, respondió Jesús. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (v. 37).

Pilato respondió con una pregunta retórica que había estado resonando en los debates filosóficos durante años:

“¿Qué es la verdad?” (v. 38).

Es fascinante que, de todas las piezas de la armadura que Pablo podía describir, decidió comenzar con el cinturón. No la espada, no la coraza, no el escudo, sino el cinturón. Y de todas las cualidades espirituales que podía asignarle a este elemento, eligió algo tan fundamental y básico como la verdad.

¿Por qué?

Es algo sencillo: porque sin la verdad, todo lo demás se desmorona.

“...esperamos luz, y he aquí tinieblas; resplandores, y andamos en oscuridad. Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares oscuros como muertos” (Isaías 59:9-10).

La nación estaba colapsando y el profeta Isaías lo sabía. A medida que las personas se alejaban más y más de la ley de Dios, la sociedad entera se desintegraba y erosionaba hacia la maldad:

“Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros; porque con nosotros están nuestras iniquidades, y conocemos nuestros pecados: el prevaricar y mentir contra el Eterno, y el apartarse de en pos de nuestro Dios; el hablar calumnia y rebelión, concebir y proferir de corazón palabras de mentira. Y el derecho se retiró, y la justicia

se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir. Y la verdad fue detenida, y el que se apartó del mal fue puesto en prisión; y lo vio el Eterno, y desagradó a sus ojos, porque pereció el derecho” (vv. 12-15).

El pueblo de Isaías había rechazado la verdad, y no sólo la verdad de Dios, sino el concepto mismo de *verdad* en general. Se había convertido en una nación llena de mentirosos y engañadores que tergiversaban la verdad para su beneficio. El resultado no era muy diferente del problema que tenemos hoy:

La verdad tropieza en la plaza. Ya no *significa* nada y rara vez entra en la ecuación. A menudo hablamos de lo que *pensamos*, lo que *creemos* y lo que *sentimos*. Pero cada vez se habla menos de lo que es *correcto, justo y verdadero*.

¿Cuál fue la reacción de Dios? Isaías dice que “lo vio el Eterno, y desagradó a sus ojos, porque pereció el derecho” (v. 15), así que decidió actuar:

“...lo salvó su brazo, y le afirmó su misma justicia. Pues de justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura, y se cubrió de celo como de manto” (Isaías 59:16-17).

¿Suenan familiares? Siglos antes de que Pablo escribiera su famosa metáfora, Isaías describió a Dios usando la misma icónica armadura. Viendo la depravación espiritual, Dios se levantó y actuó, y espera que nosotros hagamos lo mismo. Como cristianos, estamos en una guerra “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Con eso en mente, la instrucción de Pablo es “Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad” (v. 14).

Todo comienza con la verdad.

El cinturón de un soldado romano del primer siglo era más que un agregado ornamental. Era una insignia de identificación y honor.

En su tiempo libre, los soldados no caminaban por el pueblo con su armadura completa, pero había dos piezas de ropa que los identificaban en cualquier situación civil: sus sandalias con clavos (¡acerca de las que hablaremos pronto!) y sus cinturones (Stefanie Hoss, “El cinturón militar romano”).

El cinturón militar era una pieza vital para los soldados romanos porque sostenía su espada; y sin una espada, ¿de qué sirve un soldado? Estos cinturones (y la espada que sostenían) eran elementos tan importantes en la identidad de un soldado que cuando era disciplinado por la forma en que

se comportó, su superior podía quitarle el cinturón por algunas horas o incluso días. Ser visto en público sin su cinturón era una humillación para un soldado.

El cinturón militar, decorado con toda clase de hebillas, correas colgantes y piezas de metal, hacía además un sonido especial cuando el soldado caminaba. Apuleyo, un autor romano del siglo II, explica que un soldado fuera de turno se reconocía por su *habitus atque habitudo* —su ropa y modo (*Metamorphoses* IX [Metamorfosis IX], sección 39). La arqueología experimental sugiere que su cinturón contribuía a ambos: el peso del metal seguramente obligaba al soldado a tener una postura y un andar únicos, es decir, afectaba su manera de caminar y pararse.

Las piezas de metal del cinturón eran complejas, personalizables y variaban de soldado a soldado. Probablemente cada pieza decía algo acerca de su dueño y todas las piezas juntas describían una imagen cohesiva de su identidad y afiliación.

No es extraño, entonces, que Pablo haya comparado la verdad con *nuestro* cinturón.

En el mundo actual, la verdad tropieza en la plaza. Es menospreciada, burlada y tratada como algo tan subjetivo que pierde todo su valor. Según las definiciones modernas, yo no puedo decir lo que es universalmente verdadero, sólo lo que es verdad para mí. Su verdad puede ser completamente diferente a la mía, pero igual de válida.

En el contexto de este mundo, se nos ordena estar firmes y tener la verdad como cinturón. No mi verdad, no su verdad, simplemente *la verdad*. Ponernos el cinturón de la armadura de Dios implica aceptar la existencia de una verdad universal, indiscutible e inmutable. Implica buscar e incorporar esa verdad en todo aspecto de nuestra identidad y permitir que defina nuestro *habitus atque habitudo* —permitir que cambie la forma en que andamos y nos movemos.

El cinturón militar facilitaba identificar a un soldado romano (en servicio o fuera de servicio) en una multitud. Desde su sonido particular hasta su peso (que cambiaba la postura de su dueño) y sus complejos elementos visuales, el cinturón de un soldado era una forma de decirle al mundo: “Éste soy yo”.

La verdad debe ser lo mismo para un cristiano del ejército de Dios. Debe ser una parte tan integral y definitiva de lo que somos que nos identifique como seguidores de Jesucristo. Dios desea “la verdad en lo íntimo” (Salmos 51:6), y nosotros también deberíamos.

Tal vez por eso Pablo comienza con el cinturón de la verdad —porque usarlo es una afirmación de quiénes somos, lo que creemos y a quién seguimos. Jesús les dijo a sus discípulos: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32). Y cuando oró a Dios el Padre para pedirle por esos mismos

discípulos, dijo, “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; *tu palabra es verdad*” (Juan 17:16-17, énfasis añadido).

Si queremos entender las verdades fundamentales y objetivas del universo, no hay mejor lugar a dónde ir que a las palabras del *Creador*. Mientras más interactuamos con la Biblia a través de la oración y el estudio, más nos ayudará Dios a entender qué es la verdad y qué no, y cómo entender la diferencia.

Uno de los salmistas le dijo a Dios: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmos 119:105). Siglos después, el apóstol Pablo hizo referencia a esta analogía diciendo: “Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas *el que practica la verdad viene a la luz*, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Juan 3:19-21, énfasis añadido).

La Palabra de Dios es luz y verdad; expone el mal y nos brinda un marco de referencia en tiempos de crisis. El adversario nos atacará con mentiras, engaños y distracciones astutas. Para enfrentarlo, el amor a la verdad debe ser una parte fundamental de nuestra identidad.

Debemos hacer de la verdad nuestro cinturón.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Juan 16:5-15
- ☐ Salmos 119:137-160
- ☐ Juan 8:13-19, 26, 31-36

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ ¿Qué es la verdad? [↗](#)
- ☐ El Espíritu de verdad [↗](#)
- ☐ Ceñidos con el cinturón de verdad [↗](#)

DÍA 3

LA CORAZA DE JUSTICIA

Hay muchas maneras de diseñar una coraza y, a través de la historia, diferentes civilizaciones han experimentado con toda clase de variaciones. Hoy en día, los soldados usan chalecos antibalas. Pero en el siglo XI a.C., los guerreros chinos se protegían con capas de piel de rinoceronte. Desde entonces, los ejércitos han usado corazas de cuero reforzado y de varios metales en forma de anillos, escamas y placas, e incluso tejidos.

Una de las corazas más populares en el tiempo de Pablo era lo que se conocía como *lorica segmentata* —una “coraza segmentada”. La cual estaba conformada por varias capas de bandas de hierro para proteger a los soldados de golpes punzantes y fulminantes, pero a la vez permitía algo de flexibilidad. Es muy posible que Pablo tuviera la *segmentata* en mente cuando estaba escribiendo acerca de la armadura de Dios.

Pero eso en realidad no es importante. Aunque las corazas se han hecho de muchas formas a lo largo de la historia, todas sus variaciones comparten una misma función:

Proteger el torso.

Si usted fuera un soldado del primer siglo en un campo de batalla del primer siglo, lleno de espadas de doble filo, flechas punzantes y jabalinas bien afiladas, sería imposible evitar todos esos peligros indefinidamente. En algún momento, algún objeto *con filo* lo golpearía.

¿Qué ocurriría entonces?

Pues todo depende de si está usando su armadura. Una coraza adecuada puede transformar lo que normalmente sería un golpe fulminante en nada más que un moretón. Y, en medio de una batalla por su vida, eso es lo más importante que podría pedir.

Pero la fortaleza de una coraza depende del material del que está hecha. En nuestra batalla “contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo” y “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12), Dios no nos da una coraza de telas tejidas, o cuero reforzado o hierro templado. En cambio, nos da una pieza de armadura infinitamente más útil contra las fuerzas del pecado y la maldad:

La coraza de justicia.

Justicia no es una palabra complicada. Ser justo es hacer lo correcto: tener valores, hacer las cosas correctas, con ética; estar libre de maldad, estar justificado. Somos justos cuando nuestras acciones y pensamientos están en sintonía con Dios, su Palabra y su ley. Somos injustos cuando no.

Moisés entendía esto cuando les recordó a los israelitas: “nos mandó el Eterno que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos al Eterno nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante del Eterno nuestro Dios, como él nos ha mandado” (Deuteronomio 6:24-25).

Un salmista expresó lo mismo con un lenguaje más poético: “Mis labios rebosarán alabanza cuando me enseñes tus estatutos. Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia” (Salmos 119:171-172).

La justicia y la impiedad a menudo se presentan en la Biblia como dos extremos del mismo espectro. “Habéis arado impiedad”, les dijo Oseas a sus compatriotas, “y segasteis iniquidad; comeréis fruto de mentira, porque confiaste en tu camino y en la multitud de tus valientes” (Oseas 10:13).

Habrían podido evitar todo eso si en cambio hubieran elegido “[sembrar] para vosotros en justicia, [segar] para vosotros en misericordia; [hacer] para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar al Eterno, hasta que venga y os enseñe justicia” (v. 12).

Pablo preguntó: “¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Corintios 6:14). La justicia y la impiedad (la injusticia) son diametralmente opuestos; no pueden existir en el mismo lugar, así como no puede haber oscuridad donde hay luz. Para defendernos de la impiedad y la injusticia de las fuerzas del mal, debemos tomar la justicia como una coraza y protegernos de los pecados y las tentaciones que podrían fácilmente destruirnos como soldados del Dios Altísimo.

Pero aquí es donde el concepto de justicia comienza a volverse confuso.

Cualquier cristiano honesto sería el primero en admitir que su propia justicia puede ser... inconsistente en el mejor de los casos. Y en el campo de batalla, donde nos jugamos la vida, la *inconsistencia* está lejos de ser aceptable.

Ésa es la verdad. No somos perfectos: nos equivocamos, hacemos tonterías, somos transigentes

con nuestra propia justicia y cedemos a la tentación, haciéndonos vulnerables a los peores ataques de Satanás.

En su carta a los romanos, Pablo pasó mucho tiempo hablando de la justicia y el problema de nuestras debilidades. El apóstol entendía que la ley de Dios funciona como una vara de medir: nos muestra en qué nos quedamos cortos, pero no nos dice cómo compensar la diferencia. Ninguna obediencia futura puede borrar la *desobediencia* pasada.

“...por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado... Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:20, 22-23).

Afortunadamente, Pablo no sólo describió nuestro problema, sino también la solución. La ley sólo puede mostrarnos nuestras imperfecciones, pero el sacrificio de Cristo nos permite hacer algo al respecto: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4).

Jesucristo obedeció la ley a la perfección y tuvo éxito en lo que todos hemos fallado. Eso le permitió convertirse en un sacrificio perfecto y sin mancha. Y cuando nosotros aceptamos este sacrificio, tenemos acceso a lo que Pablo llama el “don de la justicia” (Romanos 5:17) —la justicia de Cristo atribuida a nosotros (Romanos 4:6). Todo esto entra en el concepto de la gracia: es un regalo que no merecemos (ni podríamos merecer) y Dios nos lo da no porque *nosotros* seamos buenos, sino por su bondad.

Pero ese don conlleva una responsabilidad. Un deber. “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” (Romanos 6:15). ¿Acaso tener acceso al perdón, la gracia y la justicia de Cristo nos da licencia para ignorar la ley de Dios y vivir como nos plazca?

“*En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?*” (vv. 15-16, énfasis añadido).

El sacrificio de Cristo no nos da permiso para hacer lo que queramos. Nos da la oportunidad de escapar de la pena de muerte que nos hemos acarreado por quebrantar la ley de Dios y en lugar de ello buscar la justicia: “tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (vv. 13-14).

Pablo no estaba tirando la ley de Dios por la borda. La ley de Dios *define* el pecado; sin esa ley, el pecado no existiría. Y Pablo nos advierte muchas veces que debemos salir del pecado. La gracia quita la pena de muerte que nos hemos acarreado por quebrantar la ley de Dios, pero la ley sigue definiendo *qué es* la justicia.

“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12).

En resumen:

Nuestra propia justicia es una coraza deficiente en la batalla espiritual. Cuando el pecado está en escena, “todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Si eso es lo único que nos protege del enemigo, estaremos expuestos y vulnerables.

Por otro lado, la justicia de Cristo es consistente, confiable e impenetrable. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14).

Como soldado de Dios, su deber es “[seguir] la justicia” (1 Timoteo 6:11), lo cual puede hacer con la protección de la coraza de justicia que cubre sus debilidades y vulnerabilidades naturales. Cuando enfrentamos las fuerzas de Satanás, podemos estar seguros de que esa justicia hará exactamente lo que hace una coraza: protegernos de los golpes letales del enemigo. Después de todo, ¿qué puede hacer Satanás contra la justicia de Jesucristo, el Cordero perfecto de Dios?

Absolutamente nada.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Romanos 6:1-14
- ☐ 1 Timoteo 6:11-16
- ☐ 2 Corintios 6:14-18

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ ¿Qué es la coraza de justicia? [↗](#)
- ☐ Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia [↗](#)

DÍA 4

LAS SANDALIAS DEL APRESTO

Cuando Pablo escribió acerca de la armadura de Dios, puso mucho énfasis en la firmeza. La armadura nos permite “estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11). Nos da la capacidad de “resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (v. 13). Y justo antes de describir las piezas individuales de la armadura, Pablo nos recuerda una vez más: “Estad, pues, firmes” (v. 14).

Cuando nos ponemos la armadura de Dios, nos equipamos con las herramientas necesarias para resistir al temible enemigo, pero ninguna pieza de la armadura está tan relacionada con la capacidad de permanecer firmes como el calzado de un soldado.

Al fin de cuentas, gran parte de nuestra habilidad para no perder la postura depende de lo que usamos en nuestros pies.

La armadura romana tiene muchos elementos visualmente atractivos.

Pero las *cáligas* no son uno de ellos.

Son unas sandalias sencillas, modestas. Al lado de las relucientes espadas, los imponentes escudos, los resonantes cinturones, los brillantes cascos y las corazas, sería muy lógico pasar por alto el humilde calzado de cuero amarrado a los pies de los soldados.

Sin embargo, aunque no eran llamativas, las *cáligas* romanas estaban diseñadas para cumplir varias funciones importantes en el campo de batalla. Si alguna vez ha caminado descalzo en la naturaleza, sabrá que está llena de objetos que pueden lastimar un par de pies distraídos. El suelo tiene muchos peligros que podrían hacer que un explorador descalzo cojeara y aullara de dolor.

Las sandalias, por supuesto, nos ayudan con su capa de protección entre los pies y el suelo, que minimizan los peligros de los posibles obstáculos. Pero las *cáligas* tienen dos funciones más. Primero, su diseño calado le permite al pie tener la temperatura adecuada, por lo que un soldado romano con estas sandalias no tenía que preocuparse de ampollas en sus pies en una marcha de 40 km. En segundo lugar, las suelas de las *cáligas* estaban unidas con clavos, lo que las convertía en una especie de botines antiguos. Los clavos aseguraban una mejor tracción en terreno difícil, extendían la vida de la suela y hacían que fuera más fácil mantener la posición durante un ataque enemigo.

Pablo dice que debemos calzar nuestros “pies con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15) —lo que requiere una explicación. Comencemos en la última parte de esta descripción y avancemos hacia el principio.

En primer lugar, estamos hablando del “evangelio de la paz”. Pablo se refiere al evangelio (que literalmente significa “buenas noticias”) como un mensaje enfocado en la paz.

Ése es un detalle importante —doblemente importante cuando estamos hablando de una herramienta diseñada para la guerra.

Repasemos la forma en que Jesucristo inició su ministerio en la Tierra: “Jesús vino a Galilea predicando *el evangelio del reino de Dios*, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15, énfasis añadido).

No estamos hablando de dos evangelios diferentes: las buenas noticias de la paz también son las buenas noticias del Reino de Dios, porque el Reino de Dios *traerá* la paz...

Eventualmente.

Pero hasta que el Reino de Dios sea establecido en la Tierra —hasta que Satanás y sus demonios sean quitados de en medio— debemos ser soldados. Y las buenas noticias que nos prometen paz cuando el Reino de Dios llegue —el “evangelio de la paz”— nos proveen de lo que Pablo llama “apresto”.

La palabra griega que el apóstol usa aquí implica estar preparados para actuar —estar firmes para hacer lo necesario cuando sea necesario. Nuestra convicción en el evangelio de la paz nos permite enfrentar las fuerzas del enemigo, listos para atacar o defender según lo requiera la situación. El *Expositor's Greek Testament* [Testamento griego del expositor] describe este concepto como “la preparación que viene del evangelio cuyo mensaje es la paz”.

Eso es lo que usamos como calzado, nuestras *cáligas*, durante la batalla: el apresto que nos da el evangelio cuyo mensaje es la paz. Eso es lo que nos protege de los peligros que puede haber en el suelo; lo que nos permite pelear batallas toda la vida sin ampollarnos los pies o quedar inmovilizados. Es lo que nos ayuda a permanecer firmes sin importar cuán difícil sea el terreno en que el enemigo elija atacar.

Pablo también dice que debemos resistir al enemigo “en el día malo” (Efesios 6:13), pero esta expresión no se refiere a un único momento en la vida. El *Expositor's Greek Testament* [Testamento griego del expositor] explica que es “un día de tentación y ataque violentos, que puede llegar en cualquier momento de nuestra vida”.

En su camino como soldado, no se encontrará con un solo día malo, sino con muchos. El enemigo lo atacará una y otra vez, y usted deberá defenderse de sus violentas tentaciones y ataques tantas veces como Dios lo permita.

En esas ocasiones, en los días malos, su calzado será invaluable. Encontrará paz en el mensaje del evangelio; y en esa paz encontrará estabilidad. Disposición. Apresto.

Satanás está ansioso por hacerle perder el equilibrio, que se quede temblando e inestable. Pero conocer el final de la historia es saber que un día en el futuro: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Un día “los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo” (Isaías 35:5-6). Un día, “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

Saber estas cosas nos permite poner nuestra fe en la promesa que Dios nos hace: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado... porque en el Eterno el Señor está la fortaleza de los siglos” (Isaías 26:3-4). Podemos confiar en que “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará [nuestros] corazones y [nuestros] pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7).

No importa lo que Satanás haga, el mensaje del evangelio del Reino de Dios siempre será el punto de apoyo que necesitamos para permanecer firmes.

Tal vez parezca extraño utilizar un implemento relacionado con la paz en el campo de batalla, pero no hay una contradicción aquí. Satanás el diablo es un enemigo acérrimo de Dios y, por lo tanto, enemigo acérrimo de la paz. Mientras él esté en escena —mientras permanezca en el campo de batalla— la paz verdadera y duradera será imposible de alcanzar. Satanás es “el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Apocalipsis 12:10). Él ha sido “homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44).

Las *cáligas* tienen una función más, una de la que es menos agradable hablar, pero es una función de todas maneras. Cualquier enemigo que se tropiece frente a un ejército marchando con sandalias con clavos, seguramente morirá aplastado —un destino desafortunado, pero parte inevitable de la guerra.

Pablo les prometió a los cristianos fieles de Roma que “el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Romanos 16:20). Hay una justicia poética en esta promesa: el Dios de paz aplastará al enemigo de la paz bajo los pies de quienes usen el apresto del evangelio de la paz.

“La paz os dejo”, les dijo Cristo a sus discípulos. “Mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo... No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y *él nada tiene en mí*” (Juan 14:27-28, 30; énfasis añadido).

Nada. Satanás, el príncipe de este mundo, no tiene nada en Cristo, ni poder sobre Él. Jesús está con el Padre ahora y cuando regrese será para establecer el Reino que nos ha prometido.

En el campo de batalla, nuestra confianza en ese futuro Reino nos dará paz en medio del conflicto, y esa paz nos dará el apresto necesario para permanecer firmes en los días malos.

Permanezca firme; pronto vendrán mejores días.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Juan 14
- ☐ Lucas 4:16-21

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ El calzado del evangelio de la paz [!\[\]\(276351daeed437b4837826ece87110fd_img.jpg\)](#)
- ☐ ¿Qué es el evangelio del Reino? [!\[\]\(341bd749c6b6d08d8b40a5eb2ffb774e_img.jpg\)](#)
- ☐ Lo que un cristiano necesita saber acerca de la salud mental [!\[\]\(8713a857082705d18a4428b2054300a7_img.jpg\)](#)

DÍA 5

EL ESCUDO DE LA FE

Con 1,2 metros de alto y 70 centímetros de ancho, el *scutum* romano parecía más una pared portátil que un escudo. Su resistente estructura de madera y cuero le permitían soportar una gran paliza. Y el domo de metal en su centro desviaba los ataques del enemigo y al mismo tiempo le hacía perder el equilibrio.

Ése era el escudo que Pablo tenía en mente cuando escribió: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6:16). Hay mucho de qué hablar en este solo versículo, así que lo analizaremos frase por frase.

En primer lugar, Pablo comienza con un término griego que significa “encima de todo”, “basándose en lo anterior”, “además de”. No estaba diciendo que el escudo de la fe es la parte más importante de la armadura de Dios. Sólo nos estaba recordando que, tras ponernos el cinturón, la coraza y los zapatos, debemos agregar el escudo. Este escudo no es la parte principal de la armadura de Dios, pero sí tiene un papel invaluable que no podemos ignorar.

Nuestro escudo es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

La fe puede parecer un concepto complicado, pero es la esencia de lo que significa ser cristianos. El libro de Hebreos nos da una pista: es una certeza. Evidencia. Una forma de ver lo invisible, de tocar lo intangible.

Unos versículos más adelante encontramos otra pista: “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (v. 6).

Pero creer es sólo una parte. Santiago nos advierte que “También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). Creer en Dios no es lo mismo que tener fe en Él. Tener fe es permitir que nuestras creencias guíen nuestras acciones: “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (v. 20).

No “menos útil”. No “débil”.

Muerta.

Para tomar el escudo de la fe, primero debemos creer que Dios existe y es fiel a su Palabra (“es

galardonador de los que le buscan”). A su vez, esa convicción debe tener un impacto evidente en nuestra forma de ser y vivir.

Pablo dijo que “por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). Confiar en Dios significa obedecer sus mandamientos y seguir su dirección, incluso (o tal vez especialmente) cuando nuestro razonamiento humano sugiere un curso de acción diferente. La fe nos recuerda que Dios está en su trono, viéndolo todo, sabiéndolo todo y listo para mover montañas en favor de su pueblo (Mateo 17:20-21).

Antes de su dramática muerte, Jesús les dijo a sus discípulos: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, *yo he vencido al mundo*” (Juan 16:33, énfasis añadido).

Fue el apóstol Juan quien registró estas palabras, que sin duda quedaron grabadas en su corazón, porque décadas después escribió: “este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; *y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:3-5, énfasis añadido).

La combinación de estos dos pasajes nos recuerda algo muy importante:

Dios no nos ha dado un escudo de fe que implique que “nada malo me sucederá jamás” o un escudo de fe “en que las cosas siempre saldrán como yo espero”. Aunque todos preferiríamos tener una vida sin problemas en la que Dios responda nuestras oraciones de la forma y en el momento que nosotros queremos, no es así como la fe funciona.

Nos han dicho que tendremos problemas. Estamos en un *campo de batalla*. Usar el escudo de la fe significa creer que el Dios que nos ha prometido la victoria nos llevará a ella, sin importar lo que tengamos que afrontar en el camino. Esa fe se convierte en nuestro escudo, nuestra protección espiritual para soportar los ataques del enemigo.

El escudo no es la única pieza de la armadura que sirve para desviar los ataques enemigos, pero es la *primera* pieza que lo hace. El casco y la coraza nos protegen, sí, pero en una situación ideal, el escudo detiene los ataques *antes* de que lleguen a la cabeza o el corazón.

De la misma forma, el propósito de la fe es detener la mayor parte de las embestidas enemigas, lo cual ciertamente se aplica, ya que “[nuestro] adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Nuestro trabajo es “[resistir] firmes en la fe” (v. 9).

Pablo identifica la principal arma de Satanás como “dardos de fuego” —proyectiles con la capacidad de incendiar y quemar sus objetivos. “Porque la maldad se encendió como fuego, cardos y espinos devorará; y se encenderá en lo espeso del bosque, y serán alzados como remolinos de humo” (Isaías 9:18).

Los dardos de Satanás son tentaciones para hacer el mal, para hacer cosas que Dios prohíbe hacer y buscar cosas que Dios prohíbe buscar. Y, la mayoría de las veces, la maldad empieza con algo pequeño, una chispa que quema arbustos y espinos. Pero no pasa mucho tiempo antes de que ese fuego sea lo suficientemente grande como para consumir un bosque entero. Santiago, hablando acerca del daño que podemos causar sólo con nuestras palabras, escribió “la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!” (Santiago 3:5).

Cuando comenzamos a perder la fe en Dios y en su capacidad para llevar a cabo su plan; o cuando, como Adán y Eva en el jardín, dudamos de que lo que Dios plantea sea lo mejor, le damos a Satanás la oportunidad de atacarnos con dudas y tentaciones. Pero, cuando sostenemos nuestro escudo en alto, esas tentaciones pierden su poder. ¿Por qué seguiríamos las mentiras autodestructivas de Satanás cuando tenemos la mirada puesta en las promesas de Dios?

Es por eso que, cuando leemos acerca de los héroes de la fe, encontramos historias como ésta:

“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:24-26).

Moisés tenía el escudo de la fe. Cuando Satanás le ofreció la oportunidad de seguir viviendo como un príncipe en Egipto (de “gozar de los deleites temporales del pecado” como parte de la familia real), él escogió sufrir junto al pueblo de Dios.

Puso su mirada en la recompensa. Tuvo fe en Dios y sus promesas. Y Moisés no fue el único; muchos como él han peleado la batalla antes que nosotros: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra... Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (Hebreos 11:13, 16).

Una ciudad. Un *Reino*. Ayer aprendimos que el evangelio de la paz nos dispone para la batalla. Hoy recordamos que nuestra fe en ese evangelio —y lo que es más importante, en el Dios que nos lo revela— nos protege de los dardos del maligno.

Pero eso no es todo lo que hace.

Generalmente hablamos de los escudos como armas de defensa, y lo son. Por supuesto. Pero si usamos el escudo de la fe exclusivamente para defendernos, no estamos sacando provecho de todo su potencial.

El *scutum* romano de 1,2 metros de alto era excelente para detener golpes, pero, si se usaba la fuerza necesaria, un soldado también podía usarlo para arrasar a un oponente distraído. El *scutum* era prácticamente una pared, y cuando una pared se dirige hacia ti a toda velocidad, no te quedan muchas opciones tácticas. Puedes moverte o ser movido.

Santiago nos dice: “resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7). La palabra que usa para “resistir”¹ implica una oposición activa. Mantenernos firmes contra el enemigo no sólo se trata de plantar nuestros pies en el suelo, sino de plantar nuestros pies y avanzar para *hacer retroceder al enemigo*.

Nuestro escudo no existe para que nos escondamos tras él hasta que el enemigo se canse y se vaya. Está ahí para interrumpir sus ataques y forzarlo a estar a la defensiva o retirarse por completo.

“Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Corintios 4:8-9). Así es nuestra batalla. Pero cuando el enemigo nos tiene acorralados, la fe nos abre un camino: “porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (Mateo 17:20).

Recuerde a quién sirve.

Recuerde por qué pelea.

Sobre todo, tome el escudo de la fe.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Santiago 2:14-26
- ☐ Proverbios 3:5-8
- ☐ 2 Corintios 4:6-18

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ ¿Qué es el escudo de la fe? [↗](#)
- ☐ ¿Qué es la fe? [↗](#)
- ☐ Cómo crecer en fe [↗](#)

1 HELPS Word-Studies explica que “(anthistemi) era un término militar usado en el griego clásico (usado por Tucídides, etcétera) que significa ‘resistir fuertemente a un oponente’ (‘tomar una fuerte postura contra’). Resistir por naturaleza requiere ejercer fuerza contraria. Cuando un objeto no ejerce fuerza contra otra fuerza oponente, no se queda en su posición, se cae.

DÍA 6

EL YELMO DE LA SALVACIÓN

Salvación.

Qué palabra tan bella.

Qué palabra tan bella, tan mal usada y tan *incomprendida*.

“Salvación” es un concepto refinado para hablar de salvar algo (o a alguien). Recibir la “salvación” es ser salvado *de* algo, *por* alguien. En el contexto bíblico, ese algo es la pena de muerte eterna que merecemos por nuestros pecados. Y ese Alguien es Jesucristo, quien dio su vida para pagar la pena por nosotros y darnos acceso al regalo de la vida eterna (Romanos 6:23).

Cuando Dios utilizó a Pedro como instrumento para sanar a un hombre que no podía caminar, el apóstol les dijo a los líderes religiosos: “sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano... Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:10, 12).

Pedro fue muy claro: tenemos salvación porque somos salvos por Cristo.

Pero lo que *no* es tan claro es *el momento* en el que ocurre esa salvación.

La Biblia habla acerca de la salvación usando diferentes tiempos gramaticales. Pablo les dijo a los efesios: “por gracia ustedes *han sido salvados* mediante la fe” (Efesios 2:8, Nueva Versión Internacional, énfasis añadido). También les escribió a los corintios acerca de “los que *se salvan*” (1 Corintios 1:18, énfasis añadido). Y Jesús explicó que “el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:13, énfasis añadido).

Pasado, presente y futuro. ¿Cómo pueden ser los tres al mismo tiempo?

La respuesta es que la salvación es un proceso.

En Pentecostés, cuando la compungida multitud se dio cuenta de su culpa en la crucifixión del Hijo de Dios, preguntaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”. Pedro respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37-38).

Y cuando el carcelero filipense temblando les preguntó a Pablo y Silas: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”, ellos le dijeron, “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:30-31). Entonces, demostrando su convicción, “se bautizó él con todos los suyos... y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (vv. 33-34).

Si usted se ha arrepentido y bautizado, *ha sido* salvado. Tiempo pasado. Sus pecados han sido perdonados y ha recibido el Espíritu Santo. A través de ese proceso, “[fue sellado] con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida” (Efesios 1:13-14). El Espíritu Santo (el poder de Dios) es la “garantía” de nuestra salvación, la garantía de que Dios nos transformará por completo a su imagen cuando Jesucristo regrese.

Si lo conservamos.

Aquí es donde entra la salvación en el tiempo presente. Hemos sido salvados de la pena por nuestros pecados, pero aún no hemos perseverado hasta el final. Todavía tenemos la opción de renunciar a nuestro pacto con Dios y volver al pecado. Si rechazamos a Jesucristo como nuestro Salvador, nos convertiremos en personas que “[pisotean] al Hijo de Dios, y [tienen] por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, [y hacen] afrenta al Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29).

En otras palabras, tener la *garantía* de la salvación no significa que no podamos rechazarla. Podemos. Podemos decidir que este camino de vida simplemente es demasiado difícil, demasiado restrictivo, que no queremos seguir más en él y que preferimos regresar a “los deleites temporales del pecado” que Moisés rechazó (Hebreos 11:25). Y si persistimos en ese camino, no podemos esperar ser salvados. “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:26-27).

Dios siempre nos da tiempo para arrepentirnos y cambiar, pero pecar de manera constante y deliberada eventualmente nos llevará al punto de *no querer* cambiar. Para quienes han entendido la verdad y voluntariamente eligen unirse a la multitud que pidió a gritos la crucifixión de Cristo, “es imposible que... sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (Hebreos 6:4, 6).

Su historia terminará con una sentencia, la muerte y la destrucción eterna. Pero no tiene que ser así.

“El que persevere hasta el fin, éste será salvo”, leemos en Mateo 24:13. Ésa es la meta final, el objetivo. Si perseveramos, si permanecemos fieles a Dios, si nos arrepentimos y si corregimos nuestro curso cuando flaqueamos, alcanzaremos la salvación que buscamos. “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte... Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:24-26, 54).

Un día, el proceso de salvación se completará. Dios nos vestirá de inmortalidad, y Jesucristo mismo leerá nuestros nombres del Libro de la Vida ante el Padre y sus ángeles, anunciándonos en los cielos como hijos de Dios para siempre —y entonces, al fin, seremos salvos (Apocalipsis 3:5).

La salvación es todas estas cosas a la vez. Es una liberación inicial de la pena que merecemos por nuestros pecados, cuando entendemos y nos arrepentimos. También es una liberación continua a medida que nos esforzamos por vencer el pecado y vivir el camino de Dios. Y, finalmente, es la promesa de nuestra futura victoria sobre la muerte y nuestra entrada como hijos en la familia eterna del Dios viviente.

En resumen, Pablo nos está diciendo: “Hagan de todo esto su yelmo”.

El yelmo romano, la gálea, era tan indispensable como sencilla. Tenía sólo un propósito: proteger la cabeza de su dueño. Una gálea del primer siglo se componía de un protector frontal, placas para las mejillas y un protector para el cuello, que juntos ayudaban a desviar cualquier golpe dirigido a la cabeza del soldado.

Eso hace la salvación para nosotros.

A Satanás le encantaría darnos un golpe limpio en la cabeza —en nuestra mente, nuestros pensamientos, en el centro que controla nuestras decisiones, el componente físico que define gran parte de lo que somos. Y si encuentra un punto débil en nuestra mente, es ahí donde llevará a cabo sus maniobras más peligrosas.

Satanás quiere hacerle pensar que usted no puede ganar.

Que *no* ganará.

Que en realidad no le importa ganar —y que a *Dios* no le importa que usted gane.

Que el camino de Dios es demasiado restrictivo y no vale la pena.

Que la vida sería mejor si deja de luchar y la vive como le plazca.

Pero el yelmo de la salvación nos protege de esas mentiras recordándonos las verdades que las desmienten:

Que usted *puede* ganar la batalla, porque ha sido perdonado de sus pecados y seguirá siéndolo si se arrepiente.

Que usted *ganará* si continúa luchando, porque: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:31-32).

Que sí le importa ganar y que el camino de Dios sí vale la pena porque “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9).

Que la vida *no* sería mejor si se da por vencido, porque lo mejor que este mundo le puede ofrecer no se compara con lo que le espera.

Pablo escribió: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:8-11).

Como de costumbre, Pablo integró varios conceptos muy profundos en una sola frase. Pero si la analizamos de cerca, notaremos que todos los elementos defensivos de la armadura de Dios están ahí. La coraza, el escudo y el yelmo.

La justicia es de Dios, porque sólo la ley puede mostrarnos en qué falla nuestra propia justicia con respecto a las expectativas de Dios. La fe en Jesucristo es lo que nos da acceso a esa justicia. Y estos dos elementos nos dirigen hacia la salvación final: la resurrección de los muertos.

Pablo sabía lo que era el sacrificio. Al inicio de su conversión, Dios le advirtió que padecería “mucho” (Hechos 9:16, Dios Habla Hoy) y así fue. Para Pablo, seguir a Cristo significó dejar atrás su cómoda vida de fariseo, un líder religioso respetado en la comunidad judía. Dejó su prestigio, sus relaciones, su comunidad y su seguridad, por problemas, persecución y pruebas (2 Corintios 11:24-28). Pero cuando veía la promesa de la salvación, describía todas sus pérdidas como basura. La palabra griega que usó es *skybala* —literalmente “desperdicio para los perros”— un término que puede referirse a cualquier cosa, desde restos de comida hasta estiércol.

A sus ojos, nada de lo que pudiera perder era siquiera comparable con lo que le esperaba. Su salvación (pasada, presente y futura) era el yelmo que lo mantenía protegido, enfocado y motivado en el campo de batalla.

Si bien Pablo tuvo una vida extraordinaria en comparación con la mayoría de los cristianos, la

DÍA 6

EL YELMO DE LA SALVACIÓN

salvación que Dios le ofreció es igual a la salvación que le ofrece a usted. A través del proceso del bautismo y el arrepentimiento, usted ha sido salvado. Está siendo salvado. Y, al final de esta guerra, será salvado por completo.

El yelmo de la salvación le ofrece una defensa que el enemigo no puede siquiera abollar.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ 1 Corintios 15:50-58
- ☐ Hechos 2:16-39
- ☐ Juan 3:3-21

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ El yelmo de la salvación [↗](#)
- ☐ ¿Qué significa realmente ser salvo [↗](#)
- ☐ Por qué Jesús tuvo que morir [↗](#)

LA ARMADURA DE DIOS

VidaEsperanzayVerdad.org

DÍA 7

LA ESPADA DE LA PALABRA

Pablo es metódico y preciso al equipar a los soldados cristianos para la batalla. Nos dice que tomemos la verdad como cinturón, la justicia como coraza, el apresto del mensaje del evangelio como calzado, la fe como escudo y la salvación como yelmo. Con estos elementos, estamos a salvo y protegidos... pero falta algo vital.

Un soldado sin un arma no es una gran amenaza. Las herramientas defensivas nos preparan para recibir ataques, pero Dios no nos llamó al campo de batalla para ser sacos de boxeo. Nos llamó para pelear —y no sólo pelear, sino *ganar*. Así que el último elemento de la armadura de Dios es “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17).

Pero para realmente apreciar la magnitud y el poder de esta pieza de la armadura que Dios nos da, debemos volver al principio.

Sí, a ese principio.

En el principio, “la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2).

Entonces Dios habló.

En los versículos siguientes, Dios ordena que haya luz y la oscuridad desaparece. Ordena que haya tierra y el océano retrocede. Pone al sol, la luna y las estrellas en su lugar. Diseña ecosistemas complejos y criaturas imposibles por medio de su Espíritu invisible.

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31).

En seis días, Dios tomó una Tierra que estaba “desordenada y vacía” y la transformó en una joya verde y azul suspendida en la inmensidad de un cosmos en constante expansión. En medio de esa joya, en un paraíso plantado por Él, Dios creó al primer ser de una raza diseñada a su imagen, donde cada uno tiene el potencial de llegar a ser como Él y vivir para siempre como parte de su familia eterna.

Y ése es sólo el capítulo uno. En las primeras frases de la Biblia, vemos un destello del infinito poder y majestad de nuestro Creador, que se hacen visibles a través de su Palabra y su Espíritu.

Ésa es nuestra espada.

Cuando Pablo les escribió a los efesios, la espada que usaban los soldados romanos era la *gladius* —a veces conocida como “la espada que conquistó el mundo”. Probablemente ha visto ilustraciones de la espada del Espíritu como una gran espada medieval: enorme, intimidante y con una empuñadura que se debía tomar con las dos manos. Pero la espada que Pablo tenía en mente no era nada similar.

La *gladius* era una espada corta, que se manejaba con una sola mano y estaba diseñada para pelear en lugares cerrados. Debido a su tamaño, era fácil de blandir. Cualquiera de sus dos filos podía ser desastroso para un oponente desarmado; y con un golpe bien pensado, su afilada punta podía perforar incluso la armadura enemiga.

De la misma manera, “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

Ésa es un arma poderosa. *Tiene* que serlo, “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12).

Principados. Potestades. *Gobernadores de las tinieblas y huestes espirituales de maldad*. Estamos enfrentando ola tras ola de seres antiguos y corruptos sedientos de sangre.

La mayoría de los elementos de la armadura de Dios existe para protegernos del daño que estos seres espirituales nos pueden causar. Pero la espada es diferente. Luego de ponernos el resto de la armadura, Dios nos da su Palabra como protección adicional y nos dice que *hagamos retroceder al enemigo*.

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta” (2 Corintios 10:4-6).

La *gladius* puede haber sido la espada que conquistó el mundo, pero la Palabra de Dios es un arma que hace a los demonios huir.

El valor de una espada en el campo de batalla es bastante obvio. Es el arma —la *única*— que Dios nos da en esta batalla.

Sin la Palabra y el Espíritu de Dios, no podemos ganar.

Pero primero necesitamos aprender a usarla.

Pablo habla de “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”. Hasta ahora, todas las piezas de la armadura de Dios han sido descritas con un solo elemento espiritual. El cinturón está hecho de la verdad, el yelmo de la salvación, el escudo de la fe.

Pero, aunque no es claro en nuestras traducciones al español, en el griego original Pablo hizo una diferencia con respecto a la espada. La espada no está *hecha* del Espíritu, sino que es *dada* por el Espíritu. (Así como la armadura de Dios no está *hecha* de Dios, pero nos es *dada* por Dios.)

El Espíritu de Dios nos da la espada, y la espada es la Palabra de Dios. Eso es lo que Pablo nos está diciendo. Esta información es vital para aprender a dominar esta parte de la armadura de Dios.

Viva y eficaz.

Penetra hasta partir el alma y el espíritu.

Discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

Ésa es su espada. Ésa es la poderosa herramienta que se le ha dado y si quiere aprender a usarla, ¿qué mejor lugar para empezar que a los pies del Maestro?

Hace casi 2.000 años, Jesucristo se estaba preparando para lo que probablemente fue la batalla espiritual más importante de la historia. Inmediatamente después de su bautismo, el Espíritu de Dios lo llevó al desierto (Marcos 1:12), donde ayunó 40 días y 40 noches, preparándose espiritualmente para lo que venía.

Su oponente en esa batalla era el diablo mismo. Satanás pensó que ésta era su oportunidad para arruinar el plan de Dios. Si podía hacer que Jesucristo pecara, todo habría terminado. El sacrificio por los pecados del mundo tenía que ser perfecto y sin mancha. Así que un solo error del potencial Salvador del mundo sería suficiente para arruinar miles de años del plan divino.

Satanás estaba preparado para dar lo peor de sí. En tres ocasiones tentó al Hijo de Dios —que era un ser humano y en ese momento tenía mucha hambre.

Si realmente eres el Hijo de Dios, no tienes que pasar hambre. Usa tu poder para convertir estas piedras en comida (Mateo 4:2-3).

Salta de este edificio. Demuéstrales a todos quién eres haciendo que Dios te salve la vida (vv. 5-6).

Hay una forma más fácil de lograr tu propósito. Sólo adórame y te daré autoridad sobre el mundo (vv. 8-9).

Satanás dirigió sus ataques hacia el lado donde esperaba tener las mayores probabilidades de hacer titubear a Jesús: su hambre física, su identidad espiritual y su deseo de salvar al mundo. Le estaba ofreciendo atajos —soluciones fáciles y cómodas que resolverían sus problemas.

A un costo.

Las “soluciones” de Satanás traerían como consecuencia cientos de problemas más, cada uno peor que el anterior. Pero no le dijo eso a Jesucristo, por supuesto, y tampoco se lo dirá a usted. Así es como sus tentaciones (sus *ataques*) funcionan. Las hace ver como la salida fácil, la respuesta perfecta. Oculta el daño que sus “soluciones” causarán, ya sea un daño inmediato o futuro.

Cristo nos enseñó cómo eludir estos ataques. Contraatacó cada tentación con escrituras —pasajes inspirados de la Palabra de Dios. Ignoró el primer desafío de Satanás rehusándose a ceder ante su hambre física, porque vivir por cada palabra de Dios es más importante que nuestro deseo de comida física (Mateo 4:4). Se rehusó a saltar desde el techo del templo, porque eso sería tentar a Dios (v. 7). Y se rehusó a adorar a Satanás porque sólo Dios es digno de adoración (v. 10).

Jesucristo usó la Palabra de Dios² para rechazar a Satanás, y funcionó. Luego de tres contraataques, Satanás “se apartó de él por un tiempo” (Lucas 4:13).

Ése es el poder de nuestra espada espiritual, la Palabra de Dios.

Es interesante notar que, al tentar a Jesús, Satanás también usó (o más bien, hizo *mal* uso de) las Escrituras. Citó dos pasajes para explicar por qué Jesucristo tenía el derecho de tirarse del pináculo del templo (Mateo 4:6).

Eso también nos deja una lección.

La Biblia puede ser mal utilizada. Los versículos pueden sacarse de contexto y malinterpretarse con el fin de “probar” cosas que contradicen la voluntad de Dios, así que debemos tener cuidado. Los de Berea nos dejaron un excelente ejemplo: cuando escuchaban la predicación del evangelio, “[escudriñaban] cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

² Hablar de la Palabra de Dios puede resultar confuso aquí: es un título que se da tanto a las páginas de la Biblia como a Jesucristo mismo. En este caso, nos referimos a la palabra escrita de Dios. En nuestro artículo “[¿Fue Jesucristo creado?](#)” explicamos: “Jesucristo habla en representación del Padre, pues expresa su manera de ser y pensar a través del poder del Espíritu Santo (Juan 3:34; Hebreos 1:1-2). Así como la Biblia es la palabra de Dios escrita, Cristo es la palabra de Dios personificada, un Ser independiente enviado para predicar la palabra de Padre”. De hecho, Jesús fue el Dios que interactuó con Israel en el Antiguo Testamento (para más información, le invito a leer “[¿Jesús en el Antiguo Testamento?](#)”). En su confrontación con Satanás, Jesús se estaba citando a Sí mismo.

Pero nuestro propio estudio no es suficiente. Satanás es astuto, y confiar en nuestro propio entendimiento es la receta para el desastre. No podemos vencer sin la ayuda divina del Espíritu de Dios, que “todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10).

También es importante notar que, después de su batalla, Satanás se alejó de Jesús *por un tiempo*, no de forma permanente. Podemos ahuyentar a Satanás, pero él nunca se da por vencido. Espera hasta la siguiente oportunidad, la siguiente ventana, la siguiente debilidad en nuestra armadura. Pero cada vez que regresa, el mismo plan de ataque funciona:

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Satanás huyó de Jesucristo, y cuando lo vea a usted, vestido de pies a cabeza con la armadura de Dios, blandiendo la espada de la Palabra de Dios, inspirado por el Espíritu Santo —cuando lo vea firme y rehusándose a retroceder un solo centímetro— tenga la seguridad de que huirá de usted también.

Y cuando lo haga, puede empezar a entrenar para el siguiente encuentro —y el siguiente y el siguiente. Porque, en esta vida, siempre habrá un siguiente encuentro.

Pero *podemos* ganar. Las armas que Dios nos da para la batalla son poderosas. Pablo le dijo a Timoteo: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado” (1 Timoteo 6:11-12).

Recuerde por qué está peleando, tome la espada que se la ha dado y *pelee la buena batalla*.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Génesis 1
- ☐ 1 Corintios 2
- ☐ Juan 1:1-18

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ La espada del Espíritu [↗](#)
- ☐ Cómo estudiar la Biblia [↗](#)
- ☐ Herramientas para el estudio bíblico: ¿dónde empezar? [↗](#)

DÍA 8

EL MANTO DEL CELO

Ningún soldado que se respete a sí mismo espera terminar una guerra en una sola batalla.

Con pocas excepciones, las guerras tienden a ser campañas extensas. Una batalla aquí, un enfrentamiento por allá; tropas que se mueven de un lugar a otro, compitiendo por el control de puntos estratégicos, usando maniobras tácticas o resguardándose para soportar un ataque enemigo. Cada batalla contribuye al resultado final de la guerra, pero pocas batallas *terminan* una guerra definitivamente.

Cada uno de nosotros debe estar preparado para “[sufrir] penalidades como buen soldado de Jesucristo” (2 Timoteo 2:3). Ésta es una campaña larga —para *toda la vida*— y habrá muchas, muchas batallas en el camino.

Pablo lo sabía mejor que la mayoría. Antes de describir las piezas de la armadura de Dios, el apóstol habló de por qué la necesitamos en primer lugar: “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:13).

Hablamos de esto cuando analizamos las sandalias. “El día malo” suena como un evento puntual. Nos preparamos para la llegada de ese día, lo soportamos y salimos victoriosos. Sin embargo, en griego, “El artículo definido en esta frase no aísla una situación singular, sino que denota ocasiones distintas de una misma clase” (*Cambridge Bible for Schools and Colleges* [Biblia de Cambridge para escuelas y universidades] acerca de Efesios 6:13).

En otras palabras: los días malos pueden ocurrir más de una vez. Pueden ocurrir constantemente, lo cual no es una gran sorpresa; lo sabemos por experiencia y por los relatos bíblicos.

Tras fracasar en su encuentro con Jesús, Satanás “lo dejó hasta otra oportunidad” (Lucas 4:13, Nueva Versión Internacional). La clave aquí es “hasta otra oportunidad”. Así es como Satanás trabaja: no se rinde tras un ataque fallido; sino que se retira, se reorganiza y después regresa para volver a intentarlo. Y cuando esos días malos llegan, nosotros tomamos toda la armadura de Dios, sabiendo que Él nos ha equipado para permanecer firmes y hacer huir al enemigo.

Pero no todos los días son “días malos”.

Es cierto que debemos usar la armadura todos los días. Nunca podemos bajar la guardia.

Pero no todos los días nos vemos en la necesidad de enfrentar un ataque de Satanás. No todos los días tenemos que dar el 110 por ciento.

Cuando Pablo escribió “habiendo acabado todo, estar firmes”, usó un verbo que significa “terminar el trabajo” o “haber terminado”. Esto implica que, al final de un ataque, los soldados que permanecen firmes lo han dado todo para cumplir con los requerimientos de esos momentos difíciles.

Qué agotador.

Esas palabras nos recuerdan algo que es fácil olvidar cuando hablamos de la armadura de Dios: en esta guerra, es fácil agotarnos.

A veces, lo más agotador no serán las batallas, sino los momentos entre batallas. La recuperación, los momentos en que la adrenalina sale de nuestro sistema y nos sentimos al borde del colapso.

El profeta Elías sintió ese agotamiento. En el Monte Carmelo, había puesto en evidencia y vencido a 450 falsos profetas. La multitud que lo observaba fue testigo del fuego que Dios envió del cielo cuando Elías lo pidió. Todos cayeron al suelo reconociendo “¡El Eterno es el Dios, el Eterno es el Dios!” (1 Reyes 18:39). Los profetas falsos fueron ejecutados y Dios puso fin a la extendida sequía de Israel. Éste fue un momento determinante en la vida de Elías como profeta.

Pero cuando la reina Jezabel supo que sus falsos profetas estaban muertos, envió “a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos. Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida” (1 Reyes 19:2-3).

Elías estaba cansado. A pesar de su reciente triunfo, entró en pánico y huyó. Luego colapsó bajo un árbol y le rogó a Dios que lo dejara morir: “Basta ya, oh Eterno, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (v. 4). Cuando Dios le preguntó por qué había huido, Elías le explicó que había “sentido un vivo celo por el Eterno Dios de los ejércitos” (v. 14), pero ahora se sentía solo y atemorizado. Cuando su celo cedió, esto le dio paso al agotamiento y la desesperanza.

Pablo no escribió acerca del celo como un componente de la armadura de Dios; pero Isaías sí.

El pueblo de Isaías estaba en bancarrota moral. Cuando estudiamos el cinturón de la verdad, leímos acerca del triste estado de su nación: “el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir” (Isaías 59:14).

En consecuencia, Dios actuó: “lo vio el Eterno, y desagradó a sus ojos, porque pereció el derecho. Y vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese; y lo salvó su brazo,

y le afirmó su misma justicia. Pues de justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura, y se cubrió de celo como de manto” (Isaías 59:15-17).

Al igual que Pablo, Isaías describe la armadura de Dios. Pero esta vez, la armadura no sólo *proviene* de Él, sino que Él la *usa* para la batalla. La coraza de justicia y el yelmo de la salvación están presentes, y es muy claro de dónde provienen. Lo salvó *su brazo* y le afirmó *su misma justicia*. Dios es la fuente exclusiva de estas cosas. Nosotros las usamos para las batallas, pero funcionan porque Dios las hizo para nosotros.

También se mencionan otros dos componentes de la armadura espiritual: ropas de venganza y un manto de celo. Las ropas, por supuesto, no son para nosotros. Dios las reclama expresamente para sí cuando dice: “Mía es la venganza, yo pagaré” (Romanos 12:19). No es nuestro trabajo asegurarnos de que otros reciban retribución por las cosas malas que han hecho. Dios promete encargarse de eso, en el momento y de la manera correctos, extendiendo la cantidad correcta de misericordia.

El manto de celo, sin embargo, es otra historia. El celo es para nosotros —y no sólo se nos *permite* tenerlo, sino que *debemos* tenerlo.

No todas las clases de celo son iguales. A veces, el celo puede ser algo peligroso. De hecho, la palabra griega traducida como celo, *zelos*, denota un sentido de pasión o sentimiento poderoso. La palabra imita el sonido del agua hirviendo porque el celo es una emoción vehemente, y las emociones vehementes pueden o meternos en problemas o darnos un sentido de propósito y dirección.

Pablo reconoció que muchos de sus contemporáneos tenían “celo de Dios, pero no conforme a ciencia” (Romanos 10:2). Su celo los llevó a crucificar al Hijo de Dios y perseguir a su Iglesia. Pablo también les advirtió a los gálatas acerca de falsos maestros que “Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos” (Gálatas 4:17).

Por otro lado, cuando Jesucristo echó a los comerciantes del templo, los discípulos recordaron una profecía del Antiguo Testamento que decía: “El celo de tu casa me consume” (Juan 2:17). Pablo le dijo a Tito que Dios nos apartó para ser “[celosos] de buenas obras” (Tito 2:14); y les dijo a los gálatas que “Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre” (Gálatas 4:18).

El celo —la pasión, el sentimiento intenso— es bueno... cuando está dirigido en la dirección correcta. Nos da el empujón que necesitamos para llegar a donde debemos ir.

Entonces, ¿hacia dónde se dirige usted?

¿En qué está puesto su celo?

Jesús dijo que “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). ¿Qué atesora usted? ¿Qué es lo más importante en su vida?

Ahí es donde se encuentra su corazón. Y ahí es donde está su celo. Eso es lo que le apasiona; lo que lo motiva e incentiva en tiempos difíciles.

Como siempre, nuestro Hermano mayor nos dejó el ejemplo perfecto. Jesús era “consumido” por su celo hacia la casa de Dios. ¿Lo somos nosotros? ¿Lo es usted? ¿Lo soy yo? ¿Es ésa la pasión que lo mueve? ¿Es la casa de Dios lo más importante en nuestra vida?

Si no lo es, algo más tomará su lugar —y el desafío de todas las batallas que nos esperan será cada vez más agotador.

Los soldados romanos también usaban un ~~manto que~~ tenía una función vital en sus campañas.

Varias funciones, en realidad. Estaba hecho de una lana pesada sin lavar, lo que le permitía el beneficio obvio de proveer abrigo en los días fríos. Pero la lana era más que gruesa: sus aceites naturales la hacían prácticamente impermeable. Así que cuando llegaban las lluvias, ese manto ayudaba a evitar que los soldados se empaparan o enfermaran.

Además cumplía otro propósito. Los soldados no se iban a casa después de una batalla. Una campaña podía durar meses e incluso años, generalmente lejos de toda clase de refugio o cama permanentes. Entonces, a menudo el manto se convertía en un saco de dormir improvisado —una manta grande capaz de retener el calor y aliviar en cierto grado la incomodidad del suelo rocoso.

El manto no era una herramienta ofensiva o defensiva. No tenía ninguna función durante la batalla, pero es innegable que un soldado con frío, mojado y agotado no peleará tan bien como uno que esté bien abrigado, seco y descansado.

Nuestro manto —el manto del cielo— funciona con este mismo principio. En medio de la batalla espiritual, es fácil mantenernos enfocados y conscientes de lo que está en juego. El agotamiento, la distracción, la fatiga, la duda y el miedo son cosas que a menudo se nos presentan *entre* batallas, cuando tenemos tiempo para respirar y pensar.

Y es en esos momentos cuando el manto del cielo hace su mejor trabajo.

Pablo no mencionó el manto específicamente, pero sí habló acerca de sus *efectos*. Él era un hombre que sabía lo que significaba ser golpeado (literal y figurativamente) durante una batalla espiritual:

“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias” (2 Corintios 11:24-28).

Durante todas esas dificultades, Pablo mantuvo su enfoque y su celo. El hombre que experimentó estas cosas también fue quien escribió: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:12-14).

Pablo enfrentó más batallas espirituales de las que la mayoría de nosotros podemos imaginar. Y entre esas batallas, tuvo muchas oportunidades de permitir que el cansancio, el esfuerzo y la falta de sueño lo convencieran de abandonar su lugar y dejar atrás la guerra.

Pero perseveró gracias a su celo.

Perseveró gracias a su celo por *la casa de Dios*. Perseveró porque estaba decidido a “asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo”. No importaba quién lo traicionara o persiguiera. No importaba cuán lejos tuviera que viajar, qué acusaciones tuviera que enfrentar o de qué comodidades careciera. Pablo se dirigía al Reino de Dios, “al premio del supremo llamamiento”, y nada —*nada*— podía disuadirlo de su meta.

La historia de Elías no terminó cuando huyó de Jezabel. En la cumbre de una montaña en el desierto, Dios ayudó al profeta a reenfocarse en su propósito y misión, y luego lo envió otra vez con un trabajo que hacer (1 Reyes 19:15-18). Siglos después, cuando Jesús se transfiguró delante de los discípulos, fue Elías quien apareció junto a Jesús y Moisés (Mateo 17:1-8). Esto no fue un error. Elías no falló en el Monte Carmelo. Simplemente vaciló. Había tenido celo por Dios y, con la ayuda de Dios, recuperó ese celo.

Ése es el poder del manto: nos mantiene abrigados durante los vientos helados de las pruebas difíciles. Nos mantiene secos cuando llegan las lluvias y empapan nuestras expectativas. Y cuando nos encontramos exhaustos y agotados, nos ofrece las promesas de Dios como un refugio para descansar y recargar energías antes de la siguiente batalla.

Pablo estaba en lo cierto: como buenos soldados de Jesucristo, debemos estar preparados para enfrentar dificultades.

El manto del cielo hace eso posible.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Filipenses 3:3-16
- ☐ 1 Reyes 18:17-19:4
- ☐ Salmos 69:5-15

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ ¿Cuál es su pasión? [↗](#)
- ☐ El cielo religioso: lo bueno y lo malo [↗](#)
- ☐ Prioridades cristianas: cómo lograr que Dios sea lo primero [↗](#)

DÍA 9

TÁCTICAS GRUPALES

La armadura de Dios es un tema muy personal —uno del que es casi imposible hablar sin volcar nuestra atención hacia adentro.

¿Estoy usando el cinturón de la verdad?

¿Estoy empuñando el escudo de la fe?

Éstas son buenas preguntas. Son preguntas *importantes*; preguntas que como cristianos debemos estarnos haciendo.

Pero no son las únicas preguntas que nos debemos hacer. Si eso es todo lo que nos preguntamos, perderemos de vista el panorama mayor:

No estamos solos en el campo de batalla.

No somos los únicos que usan la armadura.

No somos los únicos que hacen frente a “las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11).

Es muy fácil sentirnos como Elías: exhaustos y agotados, listos para colapsar y seguros de que estamos librando la guerra solos. “¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme? Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal” (Romanos 11:2-4).

Cuando Elías creyó que era el único en todo Israel dispuesto a pelear la buena batalla, Dios le reveló la verdad: había otros 7.000 israelitas creyentes luchando a su lado. No estaba solo.

Y usted tampoco lo está.

Los soldados romanos nunca peleaban solos; iban a la batalla rodeados de sus hermanos de armas. En el tiempo que Pablo escribió su carta, cada soldado romano era parte de una unidad llamada *centuria* —aproximadamente cien hombres liderados por un centurión. Seis centurias formaban una cohorte, y diez cohortes formaban una legión —más de 5.000 soldados entrenados marchando hacia la misma meta, cada uno preparado para pelear la buena batalla.

Como “buen soldado de Jesucristo” (2 Timoteo 2:3), usted también es parte de algo mayor. Es

miembro de una gran milicia compuesta de soldados “que no han doblado la rodilla delante de Baal” y que marchan bajo el estandarte del Dios Altísimo. Todos comparten la misma meta y pelean las mismas batallas.

Éstas no son sólo palabras bonitas. La realidad es que no estamos solos en el campo de batalla y no podemos elegir por nuestra propia cuenta cuándo y cómo atacar. Tenemos un Comandante divino el que dicta las órdenes y los soldados que nos rodean cuentan con que sigamos esas órdenes, así como nosotros contamos con que ellos hagan lo mismo.

Durante este Viaje hemos analizado todas las piezas de la armadura que Pablo describió en Efesios 6 y el papel que cumplen en nuestra batalla espiritual. Pero la enseñanza de hoy no tiene que ver con la armadura en sí, sino con quienes la usan.

Pelear junto a otros soldados debería cambiar la forma en que luchamos, porque *la forma en que luchamos afecta a quienes nos rodean*.

Hoy estudiaremos algunas de las tácticas grupales que usaban los soldados romanos. Específicamente, hablaremos de por qué son importantes y cómo nos mantienen a salvo en nuestra batalla espiritual.

Comencemos con las espadas.

1. Misma mano, misma cadera

En el ejército romano, no importaba si uno era zurdo o diestro, todos los soldados tenían que empuñar su espada con la mano derecha y usar su vaina en la cadera derecha. Los soldados romanos se mantenían muy juntos. Si en una legión donde todos marchaban lado a lado, cada uno sacaba su espada desde una cadera diferente y con un mano diferente, habría caos. Se empujarían, chocarían e incluso se cortarían unos a otros.

Desenvainar desde la derecha con la mano derecha le permitía a cada soldado sacar su espada sin peligro (¡y rápido!), sin dañar o molestar a sus compañeros. Y como todos sostenían su escudo con la mano izquierda y su espada con la derecha, el frente podía atacar al enemigo con fluidez, de manera uniforme y fácil.

En otras palabras, aunque había muchas formas de resolver el problema, el ejército era más efectivo cuando todos los soldados usaban el mismo método. En términos de la espada, no había espacio para preferencias personales ni estrategias alternativas.

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? Pues en Corinto (y otras ciudades romanas), la carne que se vendía en el mercado a menudo había sido consagrada como sacrificio a dioses paganos. Los cristianos corintios querían saber cómo debían manejar esto. ¿Era correcto comer esa carne? ¿O debían evitarlo?

Pablo les dijo dos cosas aparentemente contradictorias: primero, que “Acerca... de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4). Es decir, la carne ofrecida a ídolos era en efecto ofrecida a nada. Pero varios versículos después, el apóstol concluyó: “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (v. 13).

¿Cómo podemos entender la transición que existe entre: *en realidad no es importante a nunca más comeré carne?*

La clave está en el versículo 9. Pablo les advirtió a los corintios: “mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles”. Éste es un principio fundamental del cristianismo: sólo porque tenemos el *derecho* de hacer algo, no significa que *debamos* hacerlo.

Antes de convertirse, muchos de los creyentes corintios habían sacrificado a ídolos. Hubo un tiempo de sus vidas en que vieron a esos ídolos como dioses reales que podían afectar o guiar sus vidas. Y para algunos de ellos, comer carne sacrificada a los dioses se sentía como volver a su vida pasada, aunque técnicamente no era así.

“Todo me es lícito”³, escribió Pablo, “pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro” (1 Corintios 10:23-24). En otra de sus cartas, el apóstol explica: “si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió” (Romanos 14:15).

Un soldado romano *podía* empuñar su espada con la mano izquierda. Los corintios podían comer carne ofrecida a los ídolos. Pero en ambos casos, les hubieran causado problemas a quienes los rodeaban.

Usted probablemente no tiene el problema de la carne sacrificada a los ídolos, pero el principio es el mismo: *sólo porque puede hacer algo, no significa que deba hacerlo.*

A veces, marchar como un soldado en la milicia de Dios implica acatar restricciones adicionales —no sólo las que están explícitas en la ley, sino también otras para evitar que nuestra libertad se convierta en piedra de tropiezo para aquellos por quienes Cristo murió.

³ Es importante mencionar que Pablo no estaba diciendo “literalmente, cualquier cosa que alguien pueda hacer es lícita”. La palabra griega traducida como “todo” significa “‘todo’ en el sentido de ‘cada cosa’ que aplica” (HELPS Word-Studies, 3956). Pablo estaba confirmando que todo dentro de los límites de la ley es lícito —es decir: “todo lo que la ley permite, es lícito para mí” o “tengo todo el derecho de hacer lo que Dios dice que puedo hacer”. Esto es importante por la diferencia que está a punto de marcar, entre lo que es lícito y lo que edifica. Otros pasajes aclaran que Pablo aún consideraba muchas cosas como prohibidas por la ley (vea Romanos 6:12-19).

La pregunta importante que debemos hacernos es: *¿cómo estoy blandiendo la espada del Espíritu en mi propia vida?* Nuestro principal enfoque con esta arma dada por Dios no debería ser cómo se nos permite usarla, sino cómo podemos hacerlo sin lastimar a los demás.

2. La tortuga y el escudo

Como vimos antes, el escudo es una parte importante y poderosa de la armadura de Dios incluso por sí mismo. Pero parte de lo que hacía tan formidable al ejército romano era el uso de algo llamado “formación en *testudo*”. Cuando enfrentaban a un enemigo que atacaba desde la distancia —tal vez con dardos ardientes— los soldados cerraban más sus filas y formaban una barrera casi impenetrable con sus escudos. Quienes estaban en primera fila sostenían sus escudos hacia adelante, y los que les seguían, hacia el cielo.

La formación *testudo* (“tortuga”) resultante mantenía a los soldados protegidos de flechas e infantería. Juntos, como una unidad, podían avanzar lentamente hacia el enemigo sin sufrir muchas (¡o ninguna!) bajas.

Pero la efectividad de esta formación dependía de todos. Si el escudo de un solo soldado estaba en una mala posición, dejaba a toda la unidad vulnerable a un ataque. A medida que los soldados comenzaban a caer, una parte cada vez mayor de la formación quedaba expuesta.

Podría parecer que estamos hablando del mismo punto al que llegamos con la espada, pero hay una diferencia. Con la espada, aprendimos que debemos estar atentos para no dañar a nuestros compañeros; con el escudo, debemos *estar atentos para protegerlos*.

Obviamente estos son dos lados de la misma moneda. Es absolutamente *esencial* que seamos capaces de confiar en los creyentes con quienes peleamos esta batalla. No podemos concentrarnos en luchar contra el enemigo si estamos constantemente preocupados por una espada sin control o de las debilidades en la pared de escudos.

La advertencia obvia aquí es: “elija a sus compañeros con cuidado”. No todos se preocuparán de cómo usar su espada. No todos estarán atentos para mantener su posición con el escudo. Y “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

¿Significa esto que deberíamos esperar perfección de quienes nos rodean? Por supuesto que no. Ni siquiera podemos esperarla de nosotros mismos. Pero si la fe y el Espíritu son nuestro escudo y espada, deberíamos asegurarnos de marchar con quienes comparten la *misma* fe y el *mismo* Espíritu. Dios pregunta: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amós 3:3). Por supuesto que no. Tener diferentes creencias fundamentales significa tener metas diferentes, lo que garantiza un eventual conflicto de intereses. Éstas son cosas importantes que debemos tener en cuenta.

Pero la advertencia menos obvia es que “usted es responsable de proteger a alguien más que a usted mismo en el campo de batalla”. Su fe puede ayudar a defender a sus compañeros, o bien, dejarlos vulnerables a un ataque.

Tras cometer el primer homicidio, Caín le preguntó enojado a Dios: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9). La respuesta es: por supuesto que sí. Por supuesto que deberíamos velar por la seguridad espiritual de nuestros hermanos y hermanas.

El problema es que a veces no lo hacemos. Pablo escribió: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:1-2).

A veces, cuando vemos a alguien “sorprendido en alguna falta”, nuestro primer instinto es levantar nuestra espada en lugar de nuestro escudo —atacar a quien está vulnerable en lugar de ayudarlo. Pablo estaba diciendo, “no hagan eso. Sean misericordiosos. Sean compasivos. Ayúdenlo a levantarse, levanten su escudo para protegerlo de más flechas y hagan su parte para guiarlo de regreso a Dios”.

Es cierto que no hay lugar para un soldado que no haya experimentado el dolor y el arrepentimiento (1 Corintios 5:1-13), pero sí hay lugar para el amor, la paciencia y la benignidad cuando un compañero siente el impacto de un dardo de Satanás. *Ciertamente* es posible aceptar a ese soldado cuando se arrepiente y se vuelve a Dios (vea 2 Corintios 2:3-11).

Nuestro objetivo es “[levantar] las manos caídas y las rodillas paralizadas” (Hebreos 12:12), no destruirlas por ser débiles. Debemos ser “benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32), recordando que “el amor cubrirá multitud de pecados” cuando la persona se arrepiente (1 Pedro 4:8).

Pedro escribió acerca de nuestra “fe igualmente preciosa” (2 Pedro 1:1). Cuando cada uno de nosotros está al lado de sus compañeros, escudo junto al escudo, esa fe preciosa nos provee de una increíble protección contra los ataques del adversario.

3. Observar y escuchar

Ningún ejército entra sin un plan a una batalla —y ningún ejército da por sentado que ese plan vaya a sobrevivir a la batalla.

En el campo de batalla, las condiciones pueden cambiar en un instante. Un ejército efectivo necesita ser capaz de adaptarse a esos cambios simultáneamente. Si no puede hacerlo —si cada soldado intenta buscar su propia solución— el resultado será el caos.

Los oficiales romanos tenían dos métodos principales para comunicarse con sus tropas en medio de la batalla: el *cornu* y el *vexillum*. El *cornu* era un cuerno de aproximadamente 2,5 metros de largo con forma de G, que un oficial conocido como *cornicen* usaba para comunicar las órdenes del comandante. Los soldados romanos se sabían los llamados (y sus significados) de memoria, lo cual les permitía reaccionar de inmediato.

Uno de los llamados era una orden de mirar el *vexillum* —una pequeña bandera en la punta de un poste alto sostenido por un soldado llamado *vexillarius*. El *vexillarius* comunicaba órdenes a las tropas moviendo el *vexillum* de formas predeterminadas que les indicaban hacia dónde ir, qué formación tomar o cuál era el último objetivo.

Pablo no escribió acerca de cuernos ni banderas en Efesios 6, pero sí habló de una forma de comunicación mucho mejor para los soldados cristianos:

La oración.

Tras decir que debemos tomar el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, Pablo agregó que deberíamos estar “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar” (Efesios 6:18-20).

La oración nos mantiene alerta. Es nuestro medio de comunicación con Dios. Es la forma en que nos mantenemos al tanto del plan de batalla.

Cuando oramos, le pedimos a Dios que nos ayude a enfocarnos en su Palabra y su camino. Quitamos nuestra atención del clamor del campo de batalla para poner la mirada y los oídos en lo que Dios intenta decirnos. Además, a través de nuestras oraciones, le pedimos a Dios que proteja a nuestros compañeros, especialmente a los ministros y ancianos que tienen el trabajo de liderarnos y guiarnos.

Es fácil distraernos en el campo de batalla. Es fácil pensar que sabemos lo que es mejor y dejarnos guiar por nuestro instinto. Pero hay una razón por la que Dios nos anima a “[perseverar] en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2). Orar nos mantiene enfocados en “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2), el Capitán de nuestra salvación (Hebreos 2:10), lo cual nos facilita escuchar, ver y obedecer las órdenes de Dios.

Usted no está solo en el campo de batalla. Hay miles más que no han doblado sus rodillas ante Baal —miles más que han tomado la armadura de Dios y están preparados para permanecer firmes y enfrentar al enemigo.

La forma en que sostiene su espada es importante.

La forma en que usa su escudo es importante.

La atención que presta a las órdenes del General es importante.

Todos somos parte de una unidad, un cuerpo. “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:26). El hecho de que “los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (v. 25) es un privilegio y una responsabilidad.

Como unidad —como cuerpo, como ejército, como *Iglesia*— podemos lograr más juntos de lo que cualquiera lograría solo. Mientras marcha para enfrentar al enemigo, nunca lo olvide: ésta no es su batalla.

Es *nuestra* batalla.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ 1 Reyes 19:5-21
- ☐ 1 Corintios 8:1-13
- ☐ Salmos 143

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ El poder de la oración [↗](#)
- ☐ Por qué es importante la Iglesia [↗](#)
- ☐ La Iglesia de Dios: ¿qué es en realidad? [↗](#)

DÍA 10

AVANCE, SOLDADO CRISTIANO

¿Qué hemos aprendido en este viaje?

La armadura de Dios tiene muchas facetas. La verdad. La justicia. El evangelio de la paz. La fe. La salvación. La Palabra de Dios.

Cada uno de estos elementos tiene un papel vital en nuestra protección contra las estratagemas de nuestro adversario. Ignorar o descuidar cualquier parte de la armadura nos dejaría vulnerables ante una catástrofe. Pero cuando estamos bien equipados, esa misma armadura nos brinda todo lo necesario para mantenernos firmes al enfrentarnos a los seres más perversos y maliciosos del universo —todo lo necesario para hacer que Satanás y sus demonios se retiren.

Habrán muchas batallas, muchos “días malos”, mientras esperamos el regreso de Jesucristo. Pero nuestro celo, nuestro anhelo ardiente por entrar en el Reino de Dios, nos ayudará a permanecer enfocados cuando las olas sucesivas de los días malos nos hagan sentir exhaustos e incapaces.

No estamos peleando solos, sino junto a una cohorte de creyentes fieles. Tenemos el privilegio y la responsabilidad de cuidarnos unos a otros en el campo de batalla, y esa interconexión nos hace más fuertes y efectivos de lo que podríamos ser por nosotros mismos. Mantener una línea de comunicación constante con nuestro Comandante, además nos facilita reconocer sus órdenes en el campo de batalla y evita que confiemos en nuestra propia (a menudo equivocada) intuición.

Pero hay algo de lo que no hemos hablado mucho:

La derrota.

Tener las herramientas para vencer, y vencer, son cosas muy diferentes. ¿Qué sucede cuando algo sale mal? ¿Qué sucede cuando usted hace algo mal? ¿Se pierde toda esperanza? ¿Es inevitable la derrota?

Para nada.

Como muchos otros aspectos de la vida cristiana, usar la armadura de Dios no se trata de perfección. Ninguno de nosotros es perfecto, lo que implica que vamos a fallar. En algún momento, usted mismo *hará que sea vulnerable* a los ataques del enemigo. *Tomará* malas decisiones, *será* herido y *herirá* a otros.

Pero nada de eso lo descalifica para ser un soldado de Jesucristo.

Nada de eso lo condena a ser derrotado por Satanás.

Nada de eso le impide alcanzar su meta final.

Ésta es una verdad importante acerca de la guerra que libramos: “siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal” (Proverbios 24:16).

Lo que nos descalifica, nos condena, nos impide alcanzar la meta, es una decisión: la decisión de *no levantarnos y seguir caídos*. La decisión de dejar la batalla, dejar de luchar, dejar de arrepentirnos, dejar de *intentar*.

Ésa es nuestra derrota. Ésa es la única manera en que Satanás puede vencernos: si dejamos a un lado la armadura de Dios. Si nosotros decidimos que no vale la pena luchar. No perdemos cuando nos caemos; *perdemos cuando decidimos que no vale la pena volver a levantarnos*.

Es fácil ver a Pablo como un superhéroe espiritual que, una vez llamado por Dios, nunca cometió errores. Pero Pablo mismo les dijo a los romanos: “lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:15, 21).

Éstas no son palabras de Pablo el Perfecto, sino de Pablo el Imperfecto, Pablo en Apuros, Pablo el Frustrado —Pablo el Humano. Todos los cristianos, sin importar su edad, experiencia o estatus, comprenden la intensa emoción detrás de estas palabras. *Quiero hacer lo correcto*, estaba diciendo, *pero eso no siempre evita que haga lo contrario*.

El apóstol quería llegar a una conclusión: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (vv. 24-25).

El capítulo termina ahí, pero no la idea: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:1).

Ninguna condenación. No somos condenados a la muerte eterna cada vez que caemos en la batalla. ¿Por qué?

“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (vv. 3-4).

La ley de Dios no nos libra de las consecuencias de nuestros pecados. No fue *diseñada* para eso. Puede guiarnos y reprobarnos, mostrarnos en qué hemos fallado para alcanzar los estándares perfectos de Dios.

Pero mire su armadura. No está usando su propia justicia, ¿verdad? Está usando “la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:9-11).

Usa el casco de la salvación, la promesa de que Dios eventualmente lo librará de esta vida temporal para darle una eterna. Y tiene acceso a esa salvación por la coraza de la justicia —no la suya, sino la de Dios, que le es atribuida por la fe que es su escudo. Su fe se sostiene en el evangelio de la paz, el calzado que lo mantiene firme en el campo de batalla. La verdad —no su verdad personal ni la verdad del mundo, sino la irrefutable e indiscutible verdad de Dios que sostiene el universo— es su identidad y su cinturón.

Equipado con todas estas cosas, sostiene la Palabra de Dios, la espada de Espíritu, sabiendo que ya no anda conforme a la carne, sino conforme al Espíritu del Dios todopoderoso.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”.

La armadura de Dios *proviene* de Dios y se nos da para que podamos enfrentar las artimañas del diablo en el día malo que se interpone entre nosotros y el Reino. Nuestras debilidades no le restan grandeza a la armadura. Y cuando fallemos —porque *fallaremos*— nuestro arrepentimiento y la infinita misericordia de Dios nos permitirán levantarnos otra vez, ya sea por séptima o millonésima vez, para seguir peleando la buena batalla de la fe.

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito:

“Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31-39).

La muerte y la vida son cosas creadas. Cada obstáculo que usted enfrenta es una cosa creada. *Satanás el diablo, el mayor enemigo del pueblo de Dios, es una cosa creada.*

Y nada de eso —*nada*— puede separarnos del amor de nuestro Dios.

Así que: avance, soldado cristiano. No permita que su desempeño en una sola batalla le haga perder la perspectiva correcta.

Tiene una guerra que ganar.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- ☐ Lamentaciones 3:21-41
- ☐ Salmos 103
- ☐ Romanos 8

VidaEsperanzayVerdad.org

- ☐ No ignore las estrategias de Satanás [↗](#)
- ☐ Cómo debemos arrepentirnos [↗](#)
- ☐ El secreto para enfrentarse con sus gigantes [↗](#)

¿QUÉ SIGUE?

El **Centro de Aprendizaje de Vida Esperanza y Verdad** tiene algo para todos, sea cual sea su estilo de aprendizaje. Ahí encontrará el resto de nuestros **Viajes, infografías, folletos, guías de estudio, videos, planes de lectura y escritura** ¡y mucho más!

También estamos aquí para ayudar. Envíe sus preguntas, comentarios y sugerencias a **Pregúntenos**, ¡y nos pondremos en contacto!